

EDUARDO ROSENZVAIG: *IN MEMORIAM*

Santiago Rex Bliss

UNT¹



Eduardo Rosenzvaig (1951-2011)

Fuente: <https://www.facebook.com/eduardo.rosenzvaig>

A mediados de la década de 1980, mientras cursaba mis primeros años en la carrera de historia, conocí a Eduardo Rosenzvaig, quien, a pesar de ya ser un reconocido investigador e historiador, pasaba las tardes atendiendo una bicicletería. Con frecuencia nos citaba a quienes participábamos de sus proyectos de investigación, al mostrador del negocio familiar. Una puerta comunicaba a un jardín interior exuberante de plantas; una escalera, a su biblioteca, donde con prusiana disciplina pasaba sus mañanas leyendo y escribiendo. Esa biblioteca, armada con cajones de madera para bulones y tornillos, era un espejo de su vasta curiosidad intelectual y sus libros circulaban entre sus amigos con displicente generosidad; solo tomaba el recaudo de dejar libre el espacio del libro ausente, el hueco recordaba que se lo había prestado a alguien. Tenía el hábito de

¹ Universidad Nacional de Tucumán.
<https://orcid.org/0000-0001-5312-9105>
rexbliss27@gmail.com

escribir a mano, dejando un amplio margen libre en cada página, sostenía que ese espacio en blanco invitaba a las adendas, las correcciones y las aclaraciones.

La recreación literaria brinda un vasto abanico de recursos expresivos que permiten apreciar rasgos esenciales de una época, que a menudo quedan soslayados, relegados o apenas sugeridos en los rigurosos ensayos históricos. Eduardo inició su derrotero como escritor desde la historia. De esta disciplina, la de su formación académica, conservó siempre la pasión por el escrutinio exhaustivo y minucioso de las fuentes, una suerte de compulsión por recabar toda la información disponible, sean documentos, relatos, y especialmente testimonios orales. Su preocupación y compromiso con su sociedad y especialmente con su región orientó sus preocupaciones intelectuales hacia el mundo del azúcar en este rincón tropical de la Argentina. Acaso sin quererlo del todo, terminó siendo parte de la mágica desmesura, del oscuro e intenso verde de la selva, del agobiante calor, de las lluvias torrenciales, de las pasiones desatadas, de un mundo donde lo insólito se vuelve cotidiano. La historia, con sus métodos, su rigurosidad y su estilo narrativo fue pronto desbordada por su curiosidad inmensa, su fina sensibilidad y su ilimitada pasión por comprender y describir la realidad. En su literatura, las riberas de la historia son rebalsadas por torrentes de pasión, de intensa locura y por ese ambiente opresivo y agobiante que acompañó al azúcar, como la humedad envuelve y asfixia en una noche cualquiera de verano. Tras este desmesurado desborde hacia la literatura, se esconde, sin embargo, un acto riguroso y racional: la cabal comprensión que éste es el único camino posible para entender nuestra historia. En ocasiones, un detalle en apariencia insignificante, puede retratar y explicar una época; en otras, el opresivo y dominante clima de locura, de pasiones desenfrenadas, de intrigas y traiciones, solo pueden ser relatado desde la fantasía y la ficción.

En un lugar del noroeste cuyo nombre no quiero recordar había un escritor tan sorprendido por la desmesura que lo rodeaba que comenzó a interesarse por un ingenio azucarero abandonado; lo visitó en varias oportunidades y comenzó a hablar con sus pobladores; a leer todo lo que se hubiera escrito; a revisar los archivos históricos, con el tiempo su vida se pobló de chimeneas, de bóvedas, de perro familiar, de santones rubios; de franceses aventureros, de azúcar; de zafras, de colonias; de banquetes; de lujuria. Tantas horas dedicó a escuchar las historias que le narraban a leer los documentos, los textos y los relatos que, al poco tiempo, sin advertirlo su vida cambió para siempre; ya no era él; se sentía otro: a veces Clodomiro; otras el Barón Portalis, en

una ocasión extraña, el perro familiar, muchas veces chimenea y también pelador levantisco y obrero rebelde.

Una mañana de octubre, en el sopor que se levanta tras la tormenta, dejó su biblioteca y emprendió su marcha hacia el sur de Tucumán, con el noble y quijotesco empeño de desfacer entuertos, porque en esta tierra de abrumadora exuberancia las noches cálidas prodigan injusticias por doquier. Al atardecer vio de lejos, enhiestas, las siluetas de las chimeneas de Santa Ana, que habían sido derribadas ya hacía un cuarto de siglo, este anacronismo le pareció circunstancial y trivial. Cayó en un sueño profundo; al despertar encontró a su lado un grueso bloc de hojas, prolijamente escritas con una caligrafía que sin dudas era la suya. La sed y el hambre atroces le indicaron que habían pasado varias noches y sus días. El calambre en su mano denunciaba horas de escritura. Con cierto temor y algo de curiosidad intentó leer lo que en sueños había escrito; El sexo del azúcar. En sus páginas encontró mucho más que la historia novelada del ingenio Santa Ana; En primer lugar, identificó las obsesiones que lo atormentaban desde que visitó por primera vez las ruinas de la que fuera la fábrica azucarera más grande de Sudamérica; siempre había intuido que el oculto entramado de lujos desmedidos, de explotación y de violencia que caracterizaron la historia de ese ingenio no era más que una alegoría de la historia de Tucumán. Que, en esas bóvedas, en esas chimeneas o en el mito del perro familiar se escondía algo que trascendía al ingenio Santa Ana y que tenía que ver con una manifestación del itinerario histórico de una entera provincia. En segundo lugar, advirtió con cierta sorpresa que el espeso clima de ambiciones desmedidas, de locura y lujuria, que había percibido en tantos testimonios dispersos, aparecía con nitidez en la novela. No son solo agobiantes el calor y la humedad tropicales, sino también lo son de igual modo las relaciones personales que se urden en ese escenario con el trasfondo del azúcar y sus grandes fortunas.

Además de las circunstancias que contextualizan la fundación del ingenio Santa Ana, aparecen retratados los personajes de la época con las pinceladas y matices humanos que le confieren mayor profundidad a cada uno de ellos: debilidades, ambiciones, deseos se confunden con los aspectos más públicos de sus vidas. Tantas horas de vigilia intentando en vano comprender una época- se dijo- y en esta escritura febril en sueños por fin logré dar con la clave que explica este período histórico; que lo explica todo.

Tantas horas consultando el diario El Orden, la Revista Azucarera y tantos documentos los veía ahora integrados en un relato con diferentes registros donde ficción

y realidad se entremezclan logrando transmitir con precisión el desatinado clima de una época atravesada por la locura.

Junto a la trama de relaciones personales en un ambiente de pasiones desatadas y lujuria, subyacen las luchas de interés que enfrentan a los diferentes actores: grandes terratenientes, financistas, consignatarios de azúcar, inversores, pequeños cañeros, obreros y campesinos. También aparecen intrigas internacionales al mostrar la competencia entre capitales franceses y alemanes tanto para la industria azucarera como para los ferrocarriles. Se van desgranando diferentes historias, algunas basadas en documentos, otras en un relato oral, cuyo hilo conductor es Santa Ana, que como un torrentoso río cruza toda la novela y le da una cierta unicidad. Dejó el escrito a un costado, y sin saber si era el perro familiar, la chimenea del ingenio, Rita Walker, el escritor o una confusa maraña de todos ellos solapados y superpuestos, se encomendó a "Las Santísimas viruelas" "como "la oruga en el pizarrón" continuó su marcha en busca de "La espalda de la libertad". Siempre supo que luchar por utopías era su destino.